

“
**EN
 TODO
 MOMENTO,
 DURANTE
 EL 23-F,
 TUVE LA
 SITUACION
 EN LAS
 MANOS**
 ”

Hoy se cumple el segundo aniversario del intento de golpe de Estado del 23-F.

Aquellas horas tuvieron un protagonista de excepción: el teniente general jefe del Estado Mayor del Ejército de Tierra, José Gabeiras Montero. Desde su despacho del palacio de Buenavista Gabeiras tomó las primeras decisiones, dictó las primeras órdenes que hicieron posible que el golpe fracasase y que no se derramara ni una gota de sangre.

Hoy, dos años después, este testigo de excepción habla por primera vez en exclusiva para Diario 16 y explica cómo controló el 23-F, quiénes le ayudaron, quiénes le ocultaron información, cómo transcurrieron sus entrevistas con el general Milans. El general Gabeiras señala en sus extensas declaraciones el error que supuso abolir los consejos de guerra sumarísimos, cómo y por qué se adelantó a las llamadas del Rey y de qué forma dirigió las operaciones, para evitar que se produjesen muertes, extremo que se convirtió en una especie de obsesión. Este es el testimonio de excepción que Diario 16 ofrece a sus lectores

GABEIRAS

UNA ENTREVISTA DE
**FERNANDO
 REINLEIN**
 Y **VICTORIA
 LAFORA**



**DOCUMENTO EXCLUSIVO
 DE DIARIO 16 EN EL
 ANIVERSARIO DEL 23-F**

JOSE Manuel Gabeiras Montero, sesenta y seis años, teniente general del Ejército en el grupo B. Vive con su mujer y sus hijos en una casa en San Francisco de Sales. No tiene servicio. Toda una dilatada vida militar se refleja en las numerosas metopas y efectos militares que adornan las paredes. También hay recuerdos de viejas campañas.

En un pequeño despacho, en una esquina, aún se amontonan papeles, escalillas, documentos personales que no quedaron en su despacho del Cuartel General del Ejército, en el palacio de Buenavista. Un tresillo y una mesa baja están cerca. Y, junto a la ventana, dos butacas y la mesa camilla.

María Rosa Vázquez, señora de Gabeiras, sirve unas copas y una merienda. Ella no ha perdido en absoluto el acento gallego que al general tan sólo se le advina cuando ríe o cuando se enfada.

El general se ha dispuesto a hablar después de dos años. No hurta ningún tema. No elude ninguna cuestión. Tan sólo es cauteloso, como era de esperar, en los temas que pudiesen afectar a los secretos de Estado, de los que cuenta con un gran caudal.

Su imagen de «general inglés» retirado no le abandona en ningún momento. Ni cuando para añadir contundencia a sus palabras golpea con energía la mesa camilla o cuando agudiza la mirada para defenderse bien de la estocada de la pregunta.

Como un auténtico maestro de la esgrima, jamás baja la guardia. Sonríe con facilidad, se altera a menudo —nunca descomponen la figura— y se deja a veces apostillar por su mujer, que tan intensamente vivió con él duros momentos en el Cuartel General.

En la habitación de al lado, un pastor alemán, «Toxo», ladra cuando escucha gritar al general, que a lo largo de la entrevista lo hace con frecuencia. Se exalta al hablar de España y de «su» Ejército, responde a la gallega cuando se pone en cuestión la actitud de determinadas personas y es tajante al asegurar: «En todo momento, durante el 23-F, tuve la situación en la mano».

—¿Consideró alguna vez, a lo largo de su carrera, la posibilidad de llegar a ser jefe del Ejército de Tierra?

—Yo no pensé nunca llegar a ese cargo. Pese a mi experiencia de mando, yo he meditado siempre, muchas horas, en cómo tendría que

(Sigue en pág. 11)

DOS AÑOS DESPUES

II

(Viene de pág. 1)

actuar en casos determinados.

—¿Y cuál es esa forma de actuar?

—Hay un artículo en la Constitución que da una misión muy clara a las Fuerzas Armadas, que he procurado tener siempre presente.

—¿Ese artículo guió su actuación la noche del 23-F?

—El 23-F, a las seis y veinticinco de la tarde, yo vi que el poder ejecutivo y el poder legislativo estaban secuestrados. En el momento en que oí por la radio aquello mandé al teniente coronel Aguilar al Congreso para que me informara directamente, ya que las noticias que se recibían por radio eran que si unos guardias civiles, que si esto, que si lo otro...

—Cuando contó con todos los datos, ¿qué decisión tomó?

—Llegué a la conclusión de que si ambos poderes estaban secuestrados la defensa del orden y la defensa de la Constitución no la tenía nadie más que las Fuerzas Armadas. Estas tienen un jefe supremo que es el Rey.

—¿Tomó de «*motu proprio*» alguna medida concreta?

—Inmediatamente tomé medidas, adelantándome ya a la llamada de Su Majestad.

—¿Por qué?

—Porque para mí, el único responsable entonces eran las Fuerzas Armadas, puesto que los demás poderes estaban bajo coacción. Las decisiones correspondían a un órgano colegiado, la Junta de Jefes de Estado Mayor, pero de esas decisiones el responsable era yo.

—¿Cuáles fueron las razones que le obligaron a adelantarse a la llamada del Rey?

—En esos momentos yo me adelanté a la decisión, porque las decisiones si no son oportunas no sirven para nada. Yo actué con la seguridad, por esa unidad de doctrina que adquirimos los militares a lo largo de nuestra carrera, de que mis decisiones serán ratificadas.

—¿Cuál fue la primera medida?

—Ponerme en contacto con el capitán general de Madrid, valiosísimo apoyo, lo mismo material que moral, para que tomase medidas en el caso de que la situación en el Congreso fuera «in crescendo» y cortar cualquier tipo de apoyo a los asaltantes.

Apoyos

—Sí, pero cortarlo, ¿con quién?

Con las unidades que inmediatamente se pusieron a mis órdenes, que fueron la Brigada Paracaidista y la Brigada DOT (Defensa Operativa del Territorio).

—¿Quién mandaba la DOT en aquellas fechas?

—El general Lago, que en paz descanse. En la Brigada Paracaidista estaban dispuestos, en alerta, por si se les necesitaba.

—¿En qué pensaba en aquellos momentos?

—Yo me había propuesto que por mi culpa no habría otro muerto en España. Por eso, si yo pasé algún momento de violencia fue con esa

doble dependencia de las Fuerzas de Seguridad del Estado del Gobierno provisional, que por cierto no enlazó conmigo, mientras yo estuve todo el tiempo pendiente de los contactos con el general Aramburu y con el general Sainz de Santa María.

—¿Qué temía?

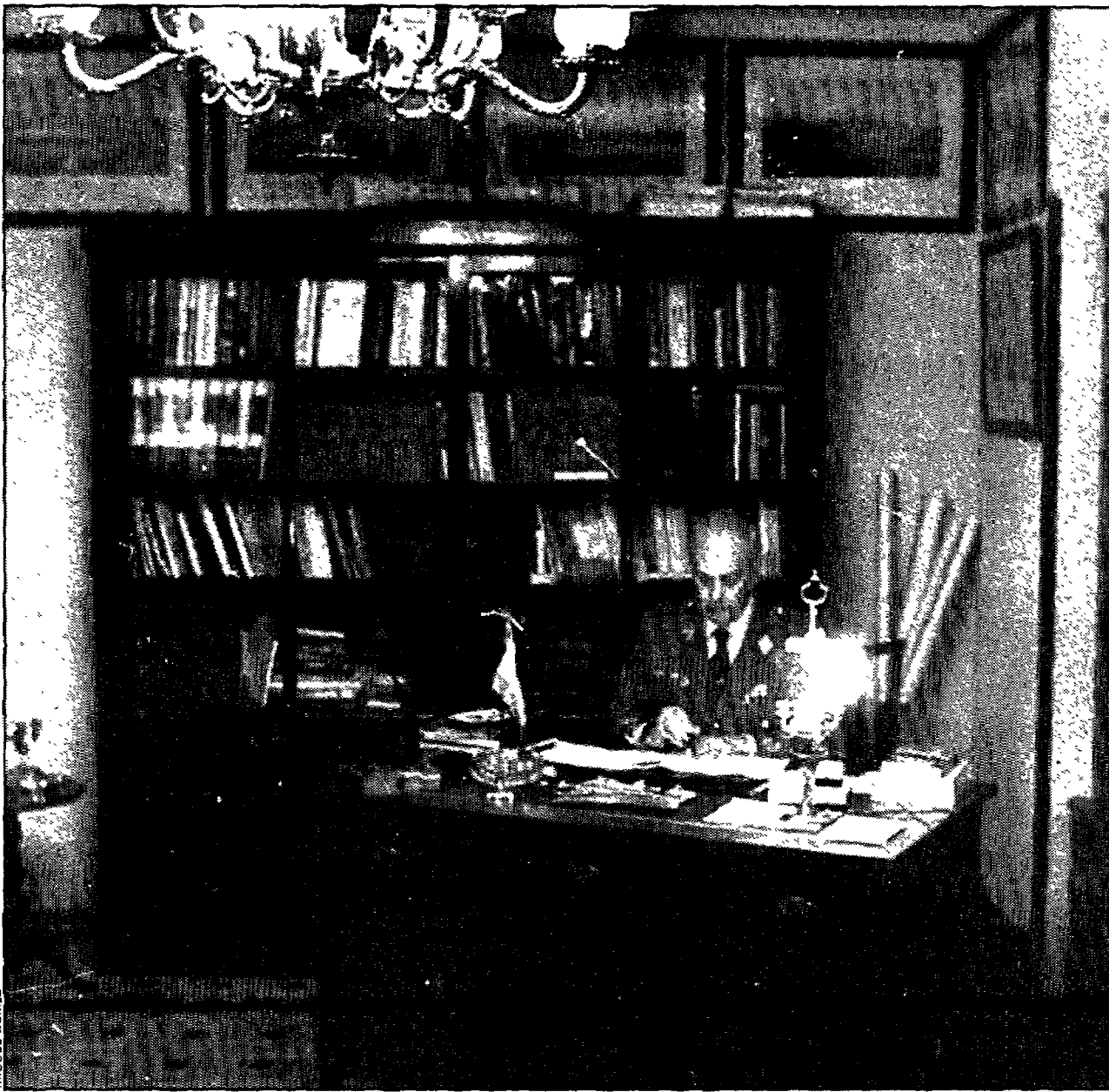
—Yo no quería que actuasen en acciones de fuerza sin mi consentimiento. Porque o toma uno solo la dirección de las cosas... Es la misma razón por la que yo no dejé ir al general Armada de mi despacho, porque yo no quería que se alterasen o se tergiversasen en ningún sentido mis órdenes y mis decisiones. El quid de la actuación está en que actué bajo el convencimiento de que las Fuerzas Armadas tenían que asumir la misión que les daba la Constitución. Hay que dejar muy claro que el 23-F fue cortado por la acción de las FAS bajo las órdenes del Rey y, como brazo ejecutor, el jefe del Estado Mayor del Ejército.

—Con la perspectiva de dos años, ¿cuáles recuerda como las dificultades más importantes de aquella noche?

—Yo no puedo decir que hubiera dificultades. Desde el primer momento actué con esa serenidad que Dios siempre me da en los momentos más difíciles. Quizá nunca en mi vida estuve tan sereno como en ese momento.

—Pero en los primeros instantes habría una fuerte

La posición del entonces jefe del Estado Mayor del Ejército durante el 23-F fue, según sus palabras en la entrevista concedida a este periódico, «de pleno dominio de la situación».



MIGUEL GÓMEZ



MIGUEL GÓMEZ

El teniente general Gabeiras trabajando en su despacho, donde recibió a los redactores de Diario 16 en sus primeras declaraciones sobre el 23-F.

tensión ante una situación inesperada...

—Desde el momento en que se produjo el asalto yo tuve la certeza de cuál era la actitud de la gente que estaba dentro. Cuando tomé contacto con Alcalá Galiano, que estaba allí y no había recibido órdenes de nadie yo le di una orden preguntándole primero si estaba dispuesto a obedecerla, puesto que no tenía autoridad sobre él. Alcalá Galiano fue a Tejero y le comisionó, según yo le había ordenado, por todos los procedimientos menos los que puedan causar una acción violenta.

—¿Desde el primer momento trató de evitar las reacciones violentas, incluso cuando no se sabían las repercusiones del asalto?

—Sí. Yo estaba viendo que en cuanto hubiera una reacción violenta, los primeros que cascaban eran el Guti y Carrillo, y con eso no quiero ponerlos a los dos juntos en ningún sentido y mucho menos en el ideológico.

Tiempo al tiempo

—¿Qué le respondió Alcalá Galiano?

—«Mi general, como no sea por la fuerza, a tiros, no hay solución». Entonces le respondí: «No, porque entonces se produciría una matanza.» A partir de ese momento, ya había empezado a llegar gente a mi lado: el general Mendivil, el general Esquivias. Yo entonces ya sabía que lo de las Cortes era cuestión de darle tiempo al tiempo, de dejarlos allí y que se montase la seguridad exterior.

—Entonces, ¿no hubo ningún momento crucial esa noche?

—Sí, lo hubo, cuando me dijeron que salía la compañía de la Policía Militar de Pardo Zancada. Hablé con Aramburu y con Santa María y les dije: «¡Ojo y ni hablar de ponerse delante!» Yo sabía que salían con la intención de unirse a Tejero, me lo dijo el general Quintana, que me fue contando todos los pasos hasta la llegada.

—¿Qué orden dio entonces, cuando llegaron?

—Dejarlos pasar. En cuanto se opusiera una resistencia y empezaran los tiros yo sabía que ya no los paraba nadie.

—¿Se hubiera dado el enfrentamiento entre los propios compañeros?

—Tengo la completa seguridad, y sigo convencido ahora, de que si sale la Brigada Paracaidista y la Unidad de Operaciones Especiales no se enfrentarían. Yo tuve la absoluta seguridad de que mi propósito de que no hubiera un solo muerto lo iba a cumplir.

Decisiones

—¿Todas estas decisiones se tomaron en su despacho del palacio de Buenavista?

—Tenía que actuar desde allí al tomar este mando para estas ocasiones especiales. El ir a la Junta de Jefes de Estado Mayor —por ejemplo— significó el perder hora y media, aunque desde la Junta pude hacer algo en relación con el regimiento Villaviciosa y con la brigada de Cartagena. Pero hasta que

regresé a mi despacho no pude actuar sobre el resto de las unidades de la Tercera Región

—¿Qué sensación sintió al enterarse de que Milans se había levantado?

—Tuve la sensación de que estaba representando el papel más o menos teatral que representó siempre. Tengo el convencimiento de que su actuación fue en la creencia de que le iban a seguir sus compañeros. Yo sabía que si no le seguían no pasaba nada y tendría que meter el rabo entre las piernas

—¿Cómo actuó usted ante estos hechos?

—Estableciendo los contactos con los que yo sabía que tenía que establecerlos «¡Ojo y que no se mueva nadie!» Alguno me preguntaba «¿Pero no hay...?» «No hay nada de nada, nada más que obedecer las órdenes del Rey que estoy dando yo»

—¿Ya había hablado con ellos el Rey?

—Con los primeros que hablé, todavía no habían recibido la llamada. Hubo comentarios luego sobre mi actuación, pero es que yo, de las Baleares y las Canarias me olvide por completo, como si no existieran.

Control

—¿No tuvo nunca la sensación de que se perdía el control?

—En absoluto. A las seis y media de la madrugada decidí tumbarme un rato, poniéndose el general Esquivias al teléfono y estuve como tres cuartos de hora así, entre sueños, enterándome que hablaban por teléfono, pero descansando

—¿Y el famoso libro de notas que usted fue tomando a lo largo de la noche?

—Ese libro lo tengo yo guardado en un lugar que no sabe nadie, junto con otros documentos más importantes.

—¿Le sorprendió la orden del entonces presidente Suárez para que arrestara al general Armada?

—La sorpresa mía fue cómo apareció el general Armada a las dos y pico de la mañana de vuelta de la entrevista con Laina y que no me dijeran ni una palabra, ni Laina, ni el gobernador civil, ni nadie.

—¿Fue después del arresto del general Milans?

—El general Milans estaba ya destituido y arrestado. Yo ya se lo había comunicado, orden confirmada luego por el Rey, en conversación con los dos teléfonos, hablando conmigo y comunicando con Milans. La de Armada fue por motivos que le llegaron al presidente Suárez a través de Laina. A mí no se me comunicó nada.

Arrestar a Armada

—¿Pero se sorprendió o no de la orden de arrestar a Armada?

—Sí, me sorprendí sin que con esto emita ningún juicio. Yo no puedo decir si Armada lo había preparado antes, si no lo había preparado, si se montó a caballo

—¿Cuál fue el momento más desagradable de todo el 23-F?

—Fueron las últimas entrevistas con el general Armada y con el general Milans. Entrevistas que yo sabía que luego podían ser manipuladas y que no hice «vis a vis», sino que las hice llamando al general Quintana, que es mi otro yo, para que estuviera presente y no pudiera haber motivos de duda.

—¿Cómo respondió Milans cuando le comunicó su arresto?

—Estuvo callado, callado, le expliqué los motivos, le dije «me desobedeciste, me mentiste, tres veces». No dijo una palabra. Solamente «¿puedo ir a ver a mi padre?» Le dije «sí, ahí tienes un coche con policía militar que es tanto para tu seguridad como para la nuestra». Y se fue a ver a su padre. Le di dos horas y media para ir a la Moraleja y ni siquiera le pedí palabra de honor

La Acorazada

—¿Qué pasó realmente en la Acorazada, general?

—En la Acorazada ocurrió lo que se dijo en las declaraciones. Ahí hubo una actuación del general Juste no perfecta, pero que sin embargo del mal salió bien. Porque, claro, el general Juste, por mucho que se quiera decir si tienes un capitán general en Madrid, el general Quintana y un jefe del Ejército a los que conoces desde hace muchos años, al concluir una cosa de esas, que se desarrolla durante horas, ¿no estableces ningún contacto con Quintana o conmigo? Eso se lo he dicho a algún otro de la Acorazada también. Es imperdonable en muchos mandos

—¿Se quebró la línea jerárquica?

—Sí porque además a eso iba unida una relación personal prolongada, de muchos años. Nos preguntábamos el general Quintana y yo, «¿pero cómo a estos tíos, ni a ti ni a mí, se les ocurrió decirnos nada?»

—¿Y los capitanes generales, la respetaron?

—Todos los capitanes generales esperaron mi llamada, algunos se adelantaron. Por ejemplo, yo conocí el bando de Milans, porque me lo dijo el general Fernández Pose, desde La Coruña, cuando ya era conocido a otros niveles

Yo, las noticias del bando las recibí de Fernández Pose, porque el general Milans, tratando de convencerle, ya le había hablado de ello

—¿Recibió muchas llamadas de jefes, ofreciéndole su apoyo?

—Llamadas de las que llegaban en esta forma no las recibí, las recibía mi secretario o alguno de los generales que estaban allí conmigo. Pero llamadas así no hubo muchas. Presentaciones, sí hubo muchísimas, tantas, que tuve que evacuar la sala

El juicio

—¿Cuál fue el momento peor del juicio de Campamento para usted?

—Cuando un señor que no se quién es, porque me quise olvidar, porque yo tengo un poder de inhibición, que algunas veces me da miedo, me preguntó si yo era el «elefante». No logró sacarme de

quicio, hice de tripas corazón y aguanté mucho

—¿Se ha sentido en algún momento acosado por la forma en que fue ascendido a teniente general y a jefe del Estado Mayor?

—Sí, lo he sentido, lo sentí y lo siento

—Volviendo al 23-F ¿Qué hubiera pasado si, como tenían previsto los golpistas, los tanques de la División Acorazada hubieran avanzado por la Castellana?

—Hubiera sido un desastre, hubiera sido la «debacle», nos hubiéramos quedado sin carros

—¿Por qué?

—Porque la Brigada Paracaidista, la Unidad de Operaciones Especiales y los verdaderos infantes, a los carros en la calle se los cargan de todas todas. En la calle, en Madrid, los carros contra unos infantes instruidos y adiestrados no tienen nada que hacer. Nada, nada en absoluto

—La JUJEM tiene que soportar todo el peso del intento de golpe y luego viene el relevo —¿Cómo interpreta el relevo global?

—A ese relevo le inventé yo una interpretación

El califa

—En su última etapa como JEME, el teniente general González del Yerro viajó varias veces a Madrid y se entrevistó con políticos del partido del Gobierno y la oposición. Esto despertó muchos comentarios. ¿Qué pasó?

—Hay unos cuentos infantiles que son el «Califa Haarum el Pussah» (el que se está haciendo pis siempre), y el gran visir «Is Not Good» (el que no es bueno). Califa no había más que uno y grandes visires muchos y todos los visires querían ser califas en lugar del califa..

—¿Dos años después, ¿cuántas cosas han cambiado en las Fuerzas Armadas?

—Yo creo que en las Fuerzas Armadas han cambiado pocas cosas, como no sea mayor dotación y mayor contribución a la profesionalización. En las FAS lo que sí se ha consolidado es, dentro de ese crecimiento de la profesionalidad, la obediencia al poder constituido. Y, naturalmente, como secuela de esto, el que el Ejército debe estar en su sitio y que lo único que tiene que hacer es dedicarse a su adiestramiento

—¿Qué falta por hacer a la reforma del teniente general Gutiérrez Mellado?

—La reforma empezó cuando yo llegué y ordené que se empezase a estudiar la funcionalidad del Cuartel General del Ejército y en eso estuvimos un año

Esa reforma se inició a finales del año setenta y nueve y continúa. Tardará varios años en llevarse a cabo y, en algunos aspectos, muchos más. Tenemos un Ejército de doscientos cincuenta mil hombres en el que, de entrada, se puede decir que hay cincuenta mil completamente desaprovechados, porque el Ejército español tiene un despliegue que data del año mil ochocientos catorce, de cuando Napoleón se marchó. ¿Cómo se modifica esto? Con dinero y espacio



Fernando Reinlein — ¿Qué sintió al enterarse que Milans se había levantado? General Gabeiras — Tuve la sensación de que estaba representando el papel más o menos teatral que representó siempre

Victoria Lafora — ¿Qué le dijo el general Milans cuando le comunicó que estaba arrestado? General Gabeiras — Estuvo callado. Callado. Le expliqué los motivos. Le dije: Me desobedeciste, me mentiste, tres veces...

Fernando Reinlein — ¿Por qué se adelantó a la llamada del Rey para tomar medidas la tarde del 23-F? General Gabeiras — En esos momentos yo me adelanté porque las decisiones si no son oportunas no sirven para nada

Victoria Lafora — ¿Y cuál fue su primera medida? General Gabeiras — Ponerme en contacto con el capitán general de Madrid, Guillermo Quintana, valiosísimo apoyo moral y material, para cortar cualquier tipo de apoyo a los asaltantes

Fernando Reinlein — Pero cortarlo, ¿con qué? General Gabeiras — Con la Brigada Paracaidista y con el Batallón de Operaciones Especiales de la DOT, que los había alertado

Victoria Lafora — Desde el primer momento trató de evitar acciones violentas, aun sin saber lo que pasaba en el Congreso General Gabeiras — Sí. Yo estaba viendo que en cuanto hubiera una reacción violenta los primeros que cascaban eran el «Guti» y Carrillo



—¿Cree posible que se pueda volver a repetir un nuevo veintitrés de febrero?

—Gente absurda que piense lo que le dé la gana, puede haberla; eso es indudable. Pero esa fase de consolidación, de secuencias de la experiencia del veintitrés de febrero, de concienciación de que el Ejército está para lo que debe estar, creo que se va logrando y que el riesgo irá desapareciendo a medida que el Ejército vaya paliando la desprofesionalización que sufrió a lo largo de cuarenta años.

—¿A lo largo de cuarenta años?

—Se desprofesionalizó, pero su espíritu de cuerpo, su espíritu colectivista seguía vivo y cuando esto ocurre se meten en camisa de once varas. Unos y otros

—¿Y cuál es la solución?

—No tenemos más que ser Ejército. Por ley natural y por la desaparición del generalísimo Franco hemos tenido una transición, gracias a Dios, sensata, con un apoyo masivo del pueblo. Ahí tiene que estar el Ejército, al servicio del poder legítimo. Esta legitimidad proviene ahora, gracias a Dios, de una manifestación popular. Como lo estuvo en el régimen anterior, cuya legitimidad procedía de una guerra ganada, legitimidad de muchos regímenes actuales, y para eso me baso en mi convencimiento de que no se gana ninguna guerra sino se cuenta con la ayuda del pueblo. Por esta misma razón no prosperó el maquis, porque no tenía santuario, y por eso subsiste ETA, porque goza de «santuario». Yo no paso porque se esté metiendo cizaña sobre lo de antes y lo de ahora

—¿El veintitrés de febrero fue una conspiración civil que utilizó al Ejército o fue una conspiración netamente militar?

—No tengo elementos de juicio ni creo que los tenga nadie para saberlo.

—¿Y el veintisiete de octubre?

—Ya sé que ahora el ministro Serra está hablando de este tema, pero yo ya se lo dije a Oliart, «¡no vais a averiguar nada más, no vais a sacar nada más en limpio!».

Las sentencias

—¿Qué le pareció la sentencia del veintitrés de febrero?

—Yo no quiero meterme dentro de la justicia, que para mí la justicia en España es otra de las cosas que necesita una reforma draconiana. Yo no concibo que a un señor le hagan jurar lo que ocurrió tres años antes cuando va al juicio, porque podrá acordarse al día siguiente, a los tres días o a los cuatro, pero a los tres años de ser sometido a masaje cerebral por todos los medios.

—¿Y en este caso concreto del veintitrés de febrero?

—En sucesos de esta índole, fue un error el suprimir el consejo sumarísimo, desde el momento en que está suprimida la pena de muerte y, por tanto, no hay nada irreversible que pueda ocurrir como consecuencia de un consejo sumarísimo. De esta forma se

(Sigue en pág. IV)

(Viene de pág. III)

puede sacar más información

—Pero, respecto a las sentencias, ¿qué opina?

—No me quiero meter, pero yo opino que, exactamente igual que hay jerarquías en el Ejército, ésta existe en la responsabilidad, por tanto la responsabilidad de arriba y abajo tiene que ser considerada con la misma graduación.

—Esto nos lleva al «pacto del capó».

—Para mí el «pacto del capó» no tiene ninguna importancia. Además, yo lo he dicho en el juicio. Yo, en aquel momento, porque salieran les hubiera ofrecido la luna. Y para que no haya ningún muerto en España les ofrezco la luna. Y, ¿qué pasa? Cuando me lo dijeron, contesté: sí. Y luego lo pasé a la superioridad, que lo ratificó.

Hecatombe

—En sus declaraciones publicadas recientemente, el teniente general Manuel Gutiérrez Mellado habla de que el 23-F pudo ser una hecatombe, de que pudo repetirse la guerra civil.

—Es distinto verlo desde dentro y bajo la amenaza de una pistola y unos bigotes. Yo tuve desde el principio el convencimiento de que no iba a pasar nada. Siempre, claro está, que se tomaran las decisiones adecuadas. Si nosotros reaccionamos violentamente, hubiese habido muertos en el Congreso, huelgas revolucionarias en algún sitio, guarniciones que se sublevaran. Hubiese sido una hecatombe. Esa es la visión lógica, desde dentro, del teniente general Gutiérrez Mellado. Yo, desde fuera, lógicamente tenía otra. Repito, tuve el convencimiento de que lo cortaba y lo corté.

—¿Hubo reticencias en alguna Capitanía General...

—Eso queda para la historia.

—Estamos haciendo historia

—No. No puedo hablar de eso porque tendría que hablar de mi llegada al Consejo Superior del Ejército y de cosas que son secretas.

—¿Se le dio a los Consejos Superiores de los Ejércitos más protagonismo tras el 23-F del que tenían antes?

—No. El mismo. Exactamente el mismo. Lo que ocurre es que los Consejos Superiores también han evolucionado. Como todo.

—¿Qué le han parecido los últimos nombramientos?

—Sólo puedo decir que mi testamento se ha respetado. Tengo esa satisfacción.

—¿No existe ahora el riesgo de que los ascensos, al clasificar en función de cursos, calificaciones anuales, etcétera, cierren el paso a quienes manifestaron en épocas pasadas sus simpatías por la Constitución?

—Eso no va a suceder. Hubo quien lo intentó. Pero con la ayuda de varios «Quintanas» se pusieron las cosas en su sitio.

Reformas

—Ahora se habla de las nuevas reformas, de reducción de Capitanías...

—Sí, claro. Porque hay nueve Capitanías Generales —«*anda mais*» Baleares y Canarias—, pero nada se dice de la Marina, ni del Aire. Y ¿por qué no dos departamentos marítimos?

Y ¿por qué no una región aérea? Porque lo que está claro es que el Ejército debe ser más que la Marina o el Aire. Porque la defensa, al final, se hace en la tierra, y en la tierra están las bases navales y aéreas.

—En el caso de la Marina, cuyos mandos abogan por una Armada oceánica, se pone como razón que el noventa por ciento del abastecimiento le llega a España por el mar.

—¡Claro! ¡Y, a Suiza! Lo que ocurre es que luego tiene que ir en tren. Eso no justifica una Marina oceánica. Primero, necesitamos una defensa terrestre. Luego, una defensa de nuestras costas. Y en tercer lugar —pero eso ya para apoyo de nuestra política exterior— es cuando necesitamos una Marina atlántica.

—Pero, ¿no cree que existen sectores en las Fuerzas Armadas que pueden querer ser los tutores del sistema, estar por encima del sistema y de forma autónoma?

—Los sectores integristas que se nuclearon en torno al 23-F salen a relucir de nuevo con motivo del fallecimiento del viejo general Milans del Bosch, se han visto algunos que sí matizaban con ellos. Estos sectores existen, indudablemente. ¿Con poder de hacer algo? No. Lo que pasa es que un petardo puesto en el patio no hace nada. Pero puesto junto a una bombona de gas, hace más efecto.

Cambio

—Entonces, las cosas han cambiado realmente...

—Sí. Ha calado hondo, hasta el soldado. Sé de soldados que lloraron al saber que se iba el general Gabeiras. Los mandos, en el Cuartel General, me eran muy fieles. Conozco al Ejército y sé que es consciente de que tiene un deber que cumplir, que es esforzarse, perfeccionarse para el cumplimiento de su misión a través de un espíritu de cuerpo grande y una profesionalidad mayor todavía.

—Pero la propia idiosincrasia de los militares, la jerarquización, puede facilitar la manipulación por parte de fuerzas políticas conservadoras.

—Por parte de la subversión involucionista sigue existiendo al mismo nivel. Y por parte de la subversión revolucionaria también. Y seguirá existiendo toda la vida.

Lo que sucede es que la acción de la subversión involucionista va hacia niveles medios y altos y la subversión revolucionaria va a niveles bajos o medios.

—¿Es usted partidario de la existencia de un poder militar autónomo?

—En absoluto. De eso se ha hablado muchas veces y lo ha hecho el teniente general Cabezas Calahorra en sus artículos. Otra cosa es la necesidad de cierta autonomía funcional en lo orgánico y en el régimen interior. Eso sí que

es necesario. Pero nada de esto significa autonomía del poder. El poder es único.

—¿Debe participar el Ejército en las tareas legislativas?

—No. Pero, sin embargo, creo que la voz de las Fuerzas Armadas debe escucharse cuando se resuelvan los temas de Defensa en el Parlamento. La voz de la profesionalidad es importante que esté presente en la toma de esas decisiones.

—¿Por ejemplo, en el FACA?

—Por ejemplo, en el FACA. La elección del avión F-18 la hizo el Ejército del Aire, que sabe precisamente cuáles son sus necesidades. Y ahora vienen los del Tornado, que —al margen de otras consideraciones técnicas— ofrecen en este momento cosas que no ofrecieron antes de que se tomase la decisión.

—Pero el sistema parlamentario tiene unas reglas.

—Al régimen de partidos le falta, a mi juicio, una cierta llamada a lo orgánico, que permita oír la voz de las instituciones.

—¿Y nuestra clase política?

—Nuestra clase política hoy es muy joven, no tiene experiencia. Claro que eso es la consecuencia de cuarenta años de los que no se les ha dejado hacer política. Por eso creo que dentro de veinte años seguirán siendo los mismos, pero con más experiencia.

—Y antes, ¿no existe la posibilidad de que algún militar se sienta tentado por el poder?

—Mire usted, nosotros no servimos para gobernar. No estamos preparados para eso. Ahí tiene usted dos casos, Argentina y Chile, donde gobiernan los militares, aunque con orígenes diferentes —en Argentina casi fue un clamor popular— ¿Y a qué han llegado?

—¿Cree que el 23-F se hubiese podido prevenir con unos servicios de información eficaces?

—Sí. Por supuesto.

—¿Fracasaron entonces, en general, los servicios de información el 23-F?

—Yo no le llamaría ni siquiera a fracaso. No podían hacer nada, porque sólo había buena voluntad. Los servicios de información para ser eficaces deben de actuar algunas veces con procedimientos no limpios, con agentes especializados, en la seguridad de que muchas veces serán agentes dobles o triples.

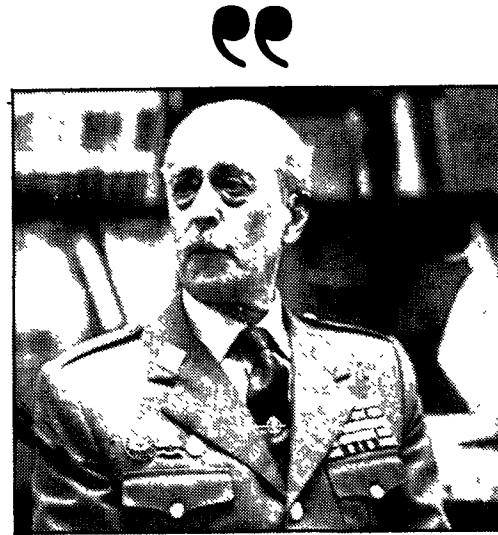
—¿Entonces habrá que reformarlos...?

—Naturalmente. Es precisa una inteligencia del Estado. Los servicios de información militar son una parte de esa inteligencia del Estado.

—¿Qué pasó con el comandante Cortina?

—Sin entrar a juzgar la actuación del comandante Cortina, sí debo decirle que en unos servicios de información que sean tales, la actuación de un agente eficaz siempre tendrá algo de extraño, que no puede aclararse y darse a la luz pública sin poner en peligro la eficacia del servicio.

—El presidente de las Cortes dijo que ahora gritar «¡Viva la Constitución!» es lo



Para el general Gabeiras Montero la salida de los tanques de la División Acorazada hubiera sido una hecatombe.

Fernando Reinlein — ¿Le sorprendió la orden del presidente Suárez de que detuviese a Armada? General Gabeiras — Lo que me sorprendió fue ver aparecer al general Armada a las dos y pico de la madrugada de vuelta de la entrevista con Laína y que no me dijese ni una palabra, ni el gobernador civil ni nadie

Victoria Lafora — ¿Pero se sorprendió o no de la orden de arrestar al general Armada?

General Gabeiras — Sí, me sorprendí, sin que con esto emita ningún juicio

Fernando Reinlein — ¿Qué hubiera pasado si los carros de combate de la DAC llegan a la Castellana?

General Gabeiras — Habría sido un desastre. Habría sido una debacle. Nos hubiéramos quedado sin carros de combate



mismo que gritar «¡Viva España!» ¿Es cierto?

—Yo creo que no. La Constitución es para España. Y desde ese momento, pues, hay una diferencia. Y el grito de «¡Viva España!» es la exaltación de todo lo que contribuye a que España sea lo que debe ser. El «¡Viva la Constitución!» tiene un peligro. «¡Viva la Pepa!».. «¡Viva la del setenta y tres!».. «¡Viva la del cuarenta y ocho!».. La Constitución, repito, es para España. Y el concepto de España son cuatrocientos noventa y dos mil kilómetros cuadrados, treinta y ocho millones de habitantes...

Sin traumas

—Los socialistas han ganado las elecciones y no ha habido ningún trauma. ¿Cómo lo valora después de todo lo que se dijo de que el Ejército no iba a tolerar un triunfo de la izquierda?

—Lo decían estos mismos de aquí, los que gritaban «¡Ejército al poder!», y yo decía. «¡Nombradme un Gobierno!» La valoración, desde el punto de vista del Ejército, es sencillamente que está en su sitio, a las órdenes del Gobierno legítimamente constituido.

—¿Ha existido alguna vez la tentación, por parte de la cúpula militar, de acercamiento al Rey cortocircuitando al Gobierno?

—Eso no lo puedo decir yo en unas manifestaciones. Hubo, efectivamente, alguna ocasión en que esto se planteó, con la finalidad de lograr una cierta independencia, pero se rechazó energicamente, ya que Su Majestad el Rey tiene que estar por encima de todo.

A lo largo de la entrevista el tema de la UMD planeó por la habitación. Pero fue el propio general Gabeiras quien lo puso sobre el tapete.

—Hubo cosas mal hechas. Sé que el movimiento surgió en Barcelona y por culpa de quién surgió. Pero lo que no se puede hacer en ningún caso es comparar las consecuencias de la UMD con las que pudieron provocar los del 23-F.

—¿Cree que el tema de la UMD es un problema del Ejército?

—No. Es una cuestión que debe resolver el Gobierno y el Parlamento. Lo que yo siempre he hecho cuando se me ha pedido es informar. Como en septiembre de mil novecientos ochenta, en que le pasé al ministro un informe de treinta folios cuando se planteó el tema de la proposición de ley.

—Volvemos al 23-F, a las manifestaciones del teniente general Gutiérrez Mellado. «Cuánto veneno había en muchas mentes», ha afirmado. ¿A quién cree usted que se refería?

—Posiblemente a todas las mentiras que se han dicho de él. Todo lo que se ha escrito sobre su pertenencia a los servicios de información. Todo eso no es más que veneno mal vertido.

Gutiérrez Mellado tiene que darse por satisfecho de que todas esas cosas que dicen de él son, como en mi caso, mentiras. Yo tengo esa satisfacción. Los ataques que me han dirigido no son más que mentiras sin fundamento.